

El milagro

AUNQUE UNO SE VAYA POR BREVES DIAS al otro extremo del mundo, Colombia lo persigue inexorablemente, y por desgracia no con buenas sino con malas noticias. Las bombas que nuestros diarios registran ahora en páginas interiores, desvalorizadas como noticia, alcanzan el lúgubre honor de la primera página en los periódicos de Taiwan y Hong Kong. ¿Exageran? No lo creo. Ocurre simplemente que los colombianos, con sombría pasividad, nos deslizamos en la rutina del terror. Las naciones, como los individuos, adoptan esta actitud ante males que no pueden remediar.

El mundo, en cambio, reacciona ante nuestra situación de manera escandalizada. "Pobre país", oye uno decir en todas partes. Resulta realmente abrumador el contraste entre una sociedad enferma, como la nuestra, cuando se la compara con una sociedad que respira vitalidad por todos sus poros. Es el caso de Taiwan, país que acabo de visitar en compañía de otros periodistas de la América Latina.

Su sorprendente transformación económica nos concierne, porque hace cuarenta años Taiwan era más pobre que Colombia. Tan grande como el departamento de Nariño, pero hoy con veinte millones de habitantes, era

una isla de campesinos sin más recursos que el arroz y la caña de azúcar. Parecía una frágil hoja de tabaco abierta en el mar de China meridional, frente al imperio comunista de Mao. Montañoso, solo la cuarta parte de su territorio era cultivable.

También como nuestro país, Taiwan cargaba a costas un saco de desastres históricos. Durante cincuenta años, de 1895 a 1945, estuvo en manos de los japoneses, que se limitaron a conservarla como posición estratégica, dejándola sumida en su tradicional sueño de arrozales y pagodas. Tras la guerra civil, quedó convertida en el último baluarte del Kuomintang.

Cuando sus ejércitos fueron barridos del continente, Chiang Kai-Chek cruzó el estrecho de Formosa con dos millones de soldados y sus últimos fieles, y los tesoros de los antiguos palacios imperiales, y se aferró a la isla como un naufrago a una roca. Nadie, entonces, debió apostar un solo dólar por lo que pudiese hacer allí con los escombros de su república. Todo el mundo solo tenía ojos para la revolución triunfante de Mao.

Pues bien: hoy el contraste entre las dos experiencias —la de China comunista y la de Taiwan— no puede ser más agudo. Según sus mandarines de turno, China comunista ha oscilado como un péndulo entre políticas blandas y duras, esperanzadoras liberalidades y brutalidades sangrientas. Obedeciendo ante todo al afán de conservar su inmenso poder, Mao auspició a veces la política de apertura de las cien flores y más tarde la revolución cultural, que es hoy oficialmente recordada como una verdadera catástrofe.

Sucesivamente, Liu-Shao-Chi, Lin Piao y Chiang Ching, la viuda de Mao, fueron exaltados como puros intérpretes del maoísmo para luego ser enviados al foso de los traidores. Deng Xiao-Ping adelantó una exitosa política de puertas abiertas al mundo exterior. Sus liberalidades resultaron sin embargo costosas: con los bluyines y la música rock, llegaron a la juventud china ideas de democracia, pluralismo y libertad. Esta arrasadora corriente desembocó en una virtual revuelta que los estamentos conservadores del partido acabaron reprimiendo de manera sangrienta en la plaza de Tianamen. La China de hoy es un hervidero de penurias, frustraciones, maltratados anhelos de libertad; es una sociedad en plena crisis, sin salida inmediata.

Mientras tanto, al otro lado del estrecho de Formosa, se ha producido en tres décadas un verdadero milagro económico. De sociedad agrícola y atrasada, Taiwan ha pasado a ser pionera en la tercera revolución industrial. Es la segunda nación más rica del Asia, después del Japón.

Su ingreso per cápita, que en 1950 era solo de 260 dólares, es hoy superior a los seis mil dólares. Su moneda, el new Taiwan dólar, se ha revalorizado en más de un 40 por ciento frente al dólar norteamericano. Las reservas monetarias ascienden a la suma fantástica de 70 mil millones de dólares, que hacen de Taiwan una de las plazas financieras más ricas del mundo. El producto nacional bruto se incrementó a lo largo de los últimos treinta años en un promedio de nueve por ciento anual. La tasa de ahorro, que es de un 30 por ciento, resulta la más alta del mundo. La inflación es hoy sólo de 1,6 por ciento anual.

Se trata de una verdadera revolución industrial, agrícola y pedagógica colocada bajo el signo de una economía de mercado, pero con elementos de planificación gubernamental. Más de un 90 por ciento de los campesinos

son dueños de la tierra que trabajan. La agricultura está mecanizada al extremo. Con muy pocos hombres se recogen las cosechas de arroz y de caña. La cría de cerdos, pollos, patos, camarones, anguilas y ostras ha crecido de manera espectacular mediante métodos artificiales. Después de haber invadido el mundo con paraguas y confecciones baratas, Taiwan está hoy a la vanguardia de la industria electrónica. Allí el computador es rey.

Cuando uno llega, tiene la impresión de haber caído en un mundo que guarda semejanzas formales con la América Latina (el campo, las ciudades abigarradas, cierta humedad tropical), pero sin sus dramáticos contrastes sociales. No advierte uno la diferencia de clases. No ve pordioseros. Los pintorescos bazares que se montan y desmontan todas las noches en ciertas calles, venden los mismos productos que se exportan al exterior. Automóviles y motocicletas en un número fantástico llenan las calles. Refrigerados almacenes de catorce pisos, con rápidos ascensores y escaleras eléctricas, hierven de mercancías, desde abanicos de papel hasta refinados aparatos electrodomésticos. La multitud parece vestida con ropas nuevas.

La prosperidad de Europa o de los Estados Unidos suele dejarlo a uno frío, como obvia expresión de un desarrollo que nada tiene que ver con lo nuestro. En un país asiático como Taiwan, con sus ríos de color café, sus mercados llenos de gente y sus muchachos de cabellos oscuros y altos pómulos, uno tiene al fin el espejo de lo que podría ser nuestra vida si nos ganáramos la lotería del desarrollo.

Autopistas de muchas vías se disparan en todas direcciones. Trenes eléctricos de color naranja cruzan con un vértigo silencioso el país. Inmensos puertos como el de Kaoshung, llenos de grúas y contenedores, funcionan con rápida eficacia las 24 horas del día. Los trámites son simples, sin papeleo inútil. Inversionistas americanos, japoneses y chinos de ultramar llenan los espléndidos hoteles. Apartándose de las carreras tradicionales, miles de muchachos se adiestran en las más sofisticadas tecnologías de la horticultura, cultivo de mariscos, en la manera de obtener tres cosechas de uva al año en vez de una sola, en fotografía espacial, industria electrónica o el manejo computarizado de los puertos. Allí ya estamos en el año dos mil.

Esta China insular, en vez de dejarse morir de hambre, se abrió al mundo y ganó su apuesta. Entendió que debía aprender a producir y vender, importar capitales y tecnología, apoyarse en sus recursos humanos y en la economía competitiva de mercado, en la educación y la ciencia. Formó miles de expertos en los Estados Unidos. Abrió las puertas a la inversión extranjera, sin torpes pudores, dándole notables exenciones tributarias. Diseñó instituciones políticas operantes e hizo del Estado una máquina pequeña y eficiente, que traza pautas de desarrollo pero sin desplazar de las tareas de producción y administración de servicios al sector privado, que guarda toda su dinámica. Impuso, sí, la competencia abierta, eliminando todo monopolio estatal, industrial y sindical.

Dos días antes de mi llegada había pasado por allí Mario Vargas Llosa. Entiendo su interés en esta experiencia, ahora que está en las puertas de la presidencia del Perú. Empeñado en liberar a su país del viejo modelo estatista, impregnado de una ideología que ha hecho crisis en el mundo, ha

entendido que nuestro camino por seguir no es el de Mao y sus delirios, sino el de Taiwan y su eficiencia. Allí está la clave para iniciar nuestro despegue. Si no asumimos esta vía, llegaremos al creciente empobrecimiento del África. Tal es, sin más cuentos y filosofías, nuestra dramática alternativa.

Plinio Apuleyo Mendoza
